

CHARLES V

B109-

Estudio clínico del emperador Carlos I de España y V de Alemania

(Sus enfermedades y sus médicos),

por

D. José Bausá Alcalde y D. Francisco Cabrero Gómez.

Antecedentes y enfermedades.

EL emperador Carlos hereda de su madre el carácter melancólico, que le lleva a profundas meditaciones en su cámara. Era reflexivo, pensaba bien las cosas, y, tomado partido, ya no retrocedía por nada, siendo indomable en sus resoluciones. Su madre, afecta de una esquizofrenia catatónica de término demencial (Sanchis Banús), factor de todos sus actos extravagantes, es una hiperovárica, de un sexualismo insatisfecho; fecunda, vehemente en su pasión, celosa y rara, la lleva su temperamento a una perturbación mental benigna, limitada a la esfera afectiva por su esposo. Su primogénito, forzosamente había de heredar una tara psíquica; pero ésta queda contenida por el sexo y la herencia de su padre, hombre frío, como lo revela su corazón, insensible al dolor de su esposa, que le ama con delirio.

De todos modos, Carlos revela su irascibilidad en alguna ocasión, llegando a golpear a sus servidores, desesperado por sus dolencias, que hicieron presa en él toda la vida, revelando un organismo hipersensible a las enfermedades. Tales son los antecedentes del emperador.

Carlos V nació con una constitución mediocre. A los ocho años, dice el primer chambelán, príncipe de Chimay, era tierno y delicado, hasta el punto que, después de una excursión de dos o tres léguas, juzgaba necesario darle un

Trab. Cat. Hist. Cit. Med.

Tomo III 1933/34

reposo de cuarenta y ocho horas. Cuando casó su hermana Isabel, teniendo él catorce años, bailó un poco más de lo que podía dar de sí su complexión, lo que le ocasionó gran fatiga y fiebre, de la que no curó sino después de un tratamiento largo.

Es desordenado en las comidas, intemperante; su polifagia, de todos es conocida, y a ella le atribuyen muchas de sus dolencias, a tal extremo, que el cardenal Loaysa, su confesor, se lo reprocha con severidad y le ruega "coma carnes y eche de su mesa los peces, como ponzoña".

Verdaderamente, es, más que comilón, caprichoso. Todo se le vuelve encargar comidas a diversas regiones españolas y al Extranjero, y abusa de las frutas y verduras. Con la edad crece la intemperancia. Era, en efecto, absurdo en los regímenes. Hace venir de Portugal, en 1555, a una famosa cocinera, llamada Ana de Andrada, "que arregla las viandas a su *gré*". Hace poco caso a los médicos, que le aconsejan moderación (verdaderamente, no fueron muy afortunados en sus actuaciones, y no es extraño desconfiarse de ellos enfermo tan crónico), pero no prescinde de ellos; así, Van Male, su confidente, le pinta casi siempre entre dos doctores disputando sobre sus enfermedades: el uno, honrado e instruído; el otro, charlatán y farsante. Este último era el más atendido.

Viene a España por vez primera contando diecisiete años, y pronto comienzan sus enfermedades, que no le abandonarán en su vida, agotando prematuramente su parte física. Algunos dicen que tiene *gota coral* (porque no habla); otros, que es maniaco. Pero ello obedece a que no sabe castellano, y M. de Chèvres, su privado, no le deja hablar con nadie por que no produzca mal efecto a los castellanos, mal dispuestos hacia su persona.

En octubre de 1517 sufre, en Aragón, un ataque de nervios, que le tiene dos horas privado de conocimiento. Al poco tiempo le repite, mientras oía Misa mayor. ¿De qué naturaleza son estos ataques? Probablemente, histéricos. Llega a España, y el país le pone la proa: le disgusta ver proclamado rey a un extranjero, mientras vive su madre, netamente castellana. El pueblo no entiende de cosas de Estado: sólo sabe que la reina Juana vive reclusa. La oposición de las diferentes regiones españolas es terminante. Se acentúa más la antipatía hacia Carlos por el hecho de imponer a los numerosos flamencos de su séquito en los cargos públicos. La tenaz oposición persiste; los motines





Retrato del emperador Carlos V.

y choques del pueblo son numerosos, y el temperamento del joven rey tiene que estar sometido a esta oposición tenaz, que tropieza con la de su carácter. Lleno de contradicciones, llega a Aragón, con la ira contenida: en esta región, los motines se suceden, y aún no le han reconocido en 1518; el recibimiento es desastroso, y el ataque de nervios estalla. Es acaso el furor reconcentrado el que lo provoca, el estallido de la soberbia en un sér con tara histeriforme. Los ataques no le vuelven a repetir en toda su vida. No es muy aventurado calificarlos como histéricos.

Cuartanas.— En 1523, en el mes de agosto, contando veintitrés años, contrae unas cuartanas, adquiridas seguramente en el camino de Burgos a Valladolid, estallando el primer absceso en esta ciudad.

Dice Juan Vázquez, en una carta en que da noticias del emperador, fechada en Valladolid en 7 de septiembre de 1523: “La primera calentura fué el 20 del pasado; no le vienen muy recias, ni tampoco muy flojas....”

Mucho se teme a las cuartanas (hay una imprecación latina que dice: *Cuartana te teneas*), y, así, escribe Vázquez: “Cuartana es una mala bestia qué donde entra sale tarde, y más entrando en boca de invierno.”

En septiembre de 1523 “todavía le persigue a Su Majestad la cuartana, que es causa de mucho trabajo..... Viénele muy variable, porque ha hecho muchas diferencias, que al principio comenzó al mediodía y agora viene a las siete de la noche.....”. Las fiebres no pueden ser vencidas con los recursos terapéuticos de aquel tiempo—la quina había de tardar más de un siglo en aplicarse en España—, y le administran leño de guayaco, la novedad terapéutica por entonces.

El paludismo persiste, los abscesos se repiten de modo desesperante, y, en agosto de 1524, es aconsejado por los médicos de cámara que abandone Valladolid, para que “*mude de tierra*”, a ver si así obtienen la ansiada curación, partiendo para Tordesillas y después para Madrid. Pasa la Pascua de Navidad de 1524 en esta villa, “con gran enojo de su enfermedad”.

En enero de 1525, “Su Majestad está mejor de su cuartana”, pero no bien. En febrero siguiente, “su enfermedad ha hecho variaciones, como es de costumbre, porque le sucedió en doble y se anticipó un día de ventaja, y, con buen regimiento, quedó Su Majestad con la nueva y despidió la que antes tenía”.

En marzo está mejor: “es día de su quartana, y ha placido a Nuestro Señor que por tres veces le ha faltado”.

Sin embargo, las fiebres no fueron vencidas, puesto que, hasta después de la batalla de Pavia (1527), tuvo abscesos febriles.

Tan dilatado y persistente mal es causa de momentos de furia y desesperación, que le llevan a tratar mal a sus servidores, sin escapar, ¡claro es!, los médicos, al menos a sus censuras. Por fin, desaparecen las calenturas, a poco de ganar la batalla referida, y se atribuye su curación al éxito de esta empresa militar. A pesar de estas apariencias, la curación no es definitiva, pues las fiebres palúdicas vuelven, mortificándole durante toda su existencia y siendo causa de su muerte, como veremos más adelante.

Gota.—Pero su sangre no es solamente presa del germen palúdico: contribuye a su viciamiento la gota, o el reumatismo crónico, que esto último parece más cierto.

Le ataca el mal bien tempranamente. Uno de los motivos que tenemos para suponerle reumático: estando en Palencia en septiembre de 1534, “Su Majestad ha hecho algún exceso en jugar a la pelota, de donde, al presente, está algo achacoso de un pie, y danle título de gota”, lo que parece un diagnóstico un poco aventurado. Ni la edad, ni el temperamento, ni los síntomas, lo abonaban. Estando en Génova, en 1538, con el Papa Paulo III, la gota le imposibilita para ir a ver al Santo Padre, y en 1542, por la misma causa, no puede dar audiencia en Valladolid al embajador de Enrique VIII de Inglaterra.

En 1543 se dirige a Bruselas; tiene que detenerse en Diest, por su enfermedad, e ir en silla de manos a la Asamblea de los Países Bajos, que había convocado.

Días después sufre otro ataque en el palacio de la reina de Hungría. En Binche, nuevo absceso, y en 1544 padece en Gante un violento ataque, que le retiene quince días. Marcha a Bruselas tan tullido que, al firmar un tratado, dice: “No temáis que haya de quebrantarlo: la mano, que apenas puede sostener la pluma, no está ya para blandir la lanza.” Tampoco puede asistir este año a la dieta de Worms por su enfermedad.

En febrero de 1545, nuevo ataque en Bruselas, y durante el invierno de 1545-46 sufre dos agudizaciones bastante fuertes, y más adelante, dentro del año, una muy violenta, pero que le duró poco.

A partir de esta fecha, la salud del emperador decae



Retrato ecuestre del emperador Carlos V.

de modo sensible. Además de la gota, tiene un asma que le produce una tos seca y casi continua, y sufre mucho de hemorroides. Se purga cada ocho días e injiere “las bebidas de Indias” en grandes cantidades.

En 1546, que está en Neuburg, sólo puede partir en litera; pero después cabalgó, y por tener la pierna derecha muy mala de la gota, llevaba por estribo una toca, como lo hemos visto en muchos retratos pintado, y de esta manera anduvo todo el día: era un día de niebla muy cerrada”.

En 1547 estaba en Augusta, procurando que todos los príncipes alemanes aceptaran el Concilio de Trento, y enfermó peligrosamente con un absceso formidable.

En 1548 le ataca brazos, manos y espalda, donde casi siempre se le localizan los dolores.

Estando en los Países Bajos entre 1548 y 1549, los ataques se suceden y le tienen postrado en una silla, donde está colocado con las piernas elevadas. Un médico napolitano llega a toda prisa para curarlo, pues ha prometido maravillas, pero fracasa y sigue imposibilitado para valerse de manos y pies, sufriendo una agudización en 1550, en que estaba en Ausburgo, que le afecta casi todas las articulaciones, hasta ponerle tullido, complicándose con un flujo hemorroidal de gran evacuación sanguínea.

En octubre de 1551 padece, en Inspruck, una enfermedad que le produce dolores en el pecho, sin abandonarle la gota, que le mortifica con dolores en todos los miembros, tan intensos y duraderos que le imposibilitan durante semanas enteras. El invierno de 1551 a 52 es benigno y sufre poco, mas no deja de estar impedido; pero, así y todo, prosigue sus empresas guerreras y pone sitio a Metz, estando presente en el cerco en silla de brazos.

En abril de 1552 emprende un viaje secreto de Inspruck a los Países Bajos, pero, a poco de comenzado, le ataca la fatiga y tiene que regresar a Inspruck. En el mes de octubre, en Landau, nuevo ataque que le impide acompañar a sus tropas a embestir Thionville.

Prosigue en sus empresas bélicas, y en 1553, en plena campaña y campamento, “está mejor de sus dolores habituales de garganta e intestinos”, pero hasta julio no puede servirse de su mano derecha.

El invierno de 1553-54 fué muy duro y nefasto para la salud del César: son atacadas numerosas articulaciones, entre ellas las manos: “no puede escribir”, y se ve obligado a guardar cama durante cinco semanas, sin poderse ocu-

par para nada de los negocios públicos, tan complicados y numerosos. El doctor Cornelio es llamado a su lado, y, al llegar, ha mejorado; mas a poco empeora, y su salud se va precipitando.

Es su vida un puro martirio, una lucha titánica entre su tenacidad y sus dolores físicos, que triunfan, al cabo, de su voluntad, y son los que le llevarán a abdicar y a decidir su retiro más que ninguna otra causa.

En 1555 estaba tan abatido por los dolores, que le tenían postrado muy frecuentemente y le imposibilitaban todo movimiento, y en esta situación, estando en cama, abdicó, continuando después en el lecho bastante tiempo, por lo que no pudo venir a España hasta febrero de 1556, llegando postradísimo, por ser muy penosa la travesía y habérsele agudizado grandemente sus crónicas dolencias.

Marcha hacia Yuste, siempre enfermo; pero se detiene en Jarandilla algún tiempo, por no estar el monasterio dispuesto para recibirle y a la numerosa servidumbre que le atendió en su retiro, en el que tuvo una especie de Corte.

En Jarandilla, y después en Yuste, no le abandona su enfermedad; y cuando escribe a su hermana, se queja de no poder hacerlo en persona por hallarse imposibilitado de la mano; y, con diversas alternativas de mejoría y empeoramiento, sufre del mal hasta su muerte, de la que nos ocupamos especialmente más adelante.

Hemorroides.—Las padece desde bien joven, y le mortifican tanto, que apela a todo para curarlas. Se empeoran porque tiene el hábito de purgarse. En 1556 las tiene muy agudas. Recurre a médicos y curanderos para aliviarlas. El mayordomo del emperador Luis Quijada escribe a Juan Vázquez (15 de febrero de 1557), desde Yuste: “Volvió Juan Andrea de Mola de Plasencia de buscar aquella raíz para las almorranas, y no la halla; dice que basta las que trae para curar.....; el dicho Andrea promete tantas cosas y que sanará de tantas enfermedades, que me hace pensar no lo hará de ninguna..... Su Majestad inclinase a quererse curar”; y en 20 de febrero, el emperador a la princesa doña Juana: “Juan de Andrea Mola y Gurrea han venido aquí, y lo mismo el doctor Cornelius, por orden del rey mi hijo, y habiendo platicado el médico de aquí y Juan Andrea en curarme y la hierba viene consumida.....”, decidió no curarse y esperar trajesen más hierba de Italia y sembrar las raíces de la que tenían. En 1557 está mejor de las hemorroides con la cura del italiano.

Romadizo.—Lo padece en Génova, en noviembre de 1536.

Asma.—Ya hemos leído que tuvo en dos ocasiones ataques de disnea, con toses pertinaces y dolores de pecho. No parece que se trate de ataques de asma; más bien parecen manifestaciones reumáticas.

Traumatismo.—Lo sufre en 1551, al caerse de un carruaje de paseo, que había mandado construir y que probaba. Perdió, con el golpe, los pocos dientes que le quedaban.

Heridas.—En octubre de 1556 tiene una pequeña herida en un dedo de la mano derecha, que se le hace llaga, que quiere conservar, porque dice que le sirve de fuente.

Indisposiciones varias.—Las padece a menudo, principalmente diarreas y dolores cólicos, que pueden atribuirse a su extraña alimentación y a los absurdos tratamientos médicos. También padece estomatitis.

La agudización de las enfermedades y su muerte.

Precisamente entre el verano y el otoño—cuando ocurre frecuentemente—se le recrudecen los abscesos palúdicos; y, entonces, diuréticos, purgas y sangría consuman el arrumbamiento de esta formidable muralla de entereza, que soportó tanto disparate terapéutico como una sangría de cerca de 500 gramos, días antes de su muerte, con el aditamento de purgas drásticas y diuréticos poderosos.

Véase cómo describe el doctor Mathys sus últimas actuaciones y la muerte del emperador, utilizando glosas de trozos de las Cartas que enviaba desde Yuste a la Corte de Felipe II:

En 20 de octubre de 1557 sufre “un desmayo.....; el vientre es duro y no hace bien cámara.....; el 25 tomó una píldora de regimiento, con buena operación”. El 22 de noviembre tiene “gota, que ya estaba tomando todo el brazo.....; crecióle el dolor, sin dormir.....”; no hace sino “dar voces y quejarse.....; no se puede levantar ni aprovecharse del brazo.....; le da algunas lanzadas en la muñeca, pero pasa la gota al brazo derecho. Hasta ahora no ha habido calentura, pero tengo miedo que verná alguna y que la gota bajará a las rodillas y pies, como es costumbre”. Todavía, a pesar de ello, va a Misa, llevado en silla. En diciembre sigue la gota “a la mano izquierda..... Su Majestad no

podía comer ni tragar, por flemas que se le ponen en la boca y en la garganta; toma un excúpulo de pildora de alefangina; hizo siete cámaras”; está algo mejor, pero “no halla buen gusto del vino y de la cerveza, y bebe agua hervida y hipocras....., y tiene comezón en las piernas.....”.

En 27 de enero de 1558, como sigue la comezón en las piernas, que le obligan a tenerlas destapadas por la noche, porque así encuentra alivio, le da “alefangina, que le produce muchas cámaras.....; no ha cenado sino *hordeate*, que con el agua no pasa de 30 a 32 onzas al día”.

En febrero, “el reumadizo pasó; el vino de assencias remedió todo; cesaron las cámaras, pero sigue la comezón en las piernas”. “Comió *gaufras* y dolióle la rodilla izquierda y pierna derecha, teniendo también torsiones de vientre.”

Mathys, en sus cartas, ruega le disculpen no saber bien castellano.

Sigue empeorando, y durante este mismo mes “no rindió urina; cada día le quedaban en el cuerpo 14, 15 y 18 onzas de lo que rendía, y dolióle el brazo.....”; espera Mathys “no pasará adelante la góta, por el buen tiempo”, pero “tiene congojas y pasan los dolores a las piernas y a los pies”; mejora ligeramente y come mazapán y *gauferas*, “pero tiene inflamada la boca y la lengua” y dolores en varias articulaciones.

Su mejoría le permite, en marzo, comer “arenques, pescado salado y algunos ajos”; a estos alimentos los llama Mathys “manjares ruines”, y espera recibir “palo y zarzaparrilla para que la tome”.

Como su salud empeora por momentos, porque en agosto se complicaron sus dolencias con unas calenturas perniciosas, es llamado el doctor Cornelius. Carlos “no quiere curarse con muchos médicos”, y no aplaude la llamada; mas, a pesar de ello, se procura aligerar la llegada de Cornelius, poniéndole acémilas en el camino.

En agosto le sigue mortificando la comezón de tal modo que dice prefería la calentura; tiene también dolores en el cuello, y de nuevo le dan alefangina. Después de comer, estando en la azotea del convento, se sintió enfermo, con escalofrío, y dijo a Mathys: “Malo me siento, doctor.” En 1.º de septiembre escribe Mathys: “Está muy delgado; tiene dolor de cabeza; frío por la tarde, muy intenso, que duró hasta las siete de la tarde; han pasado veinticuatro horas y no se quita la calentura.” Piensa el doctor en sangrarle.

En 2 de septiembre sobrevienen “congojas, vómitos, cá-

maras coléricas, y sangróle de 9 a 10 onzas, con lo que Su Majestad contentóse”, porque notó algún alivio, por lo que piensa sangrarle de nuevo, lo que hace de la “vena mediana basilica del brazo” el día 4, “sacándole otras 6 onzas”. El emperador queda con ello muy contento, diciendo que aún le sobra sangre y que nota la demasia en su cuerpo. Hay que hacer notar la fe que tenía en las sangrías; cuando entra en Yuste, conserva entre la servidumbre a dos barberos para que le sangren.

A la noche, su anorexia es absoluta y responde a su mayordomo, que le insta para que coma: “No me seas molesto, Quijada. Ya veo que me va la vida en ello, y con todo no puedo comer.” Le sobreviene “una gran congoja” y se altera el pulso—¿y cómo no?—, “y le vino una calentura con sudor, que le duró de nueve a una; le vuelve a tomar el frío, no tan fuerte como en el próximo pasado; duró mucho más la fiebre, hasta las cuatro que vomitó”; durmió reposado, y, al despertar, “hallóse libre de calentura”. Piensa purgarle al día siguiente con maná.

El 6, a la una, le da frío en brazos, narices y pies; “duró hasta las tres, y vino luego el calor, que creció hasta las once”; atribuyen esta fiebre a “beber cerveza y aguas”.....; “desvarió y perdió el juicio y la memoria....., y durmió, sudando, y quedó libre”. Le había durado la calentura de trece a catorce horas, y dijo, al despertar, sentirse bueno, aunque “sigue inflamada la boca”. El 8 vuelven el frío, la fiebre y la abundante sudoración, quedando luego libre de calentura, y llega Cornelio a Yuste (lo que alegra mucho a Su Majestad), consultando seguidamente con Mathys.

Sabemos que el 17 de septiembre tiene fiebre, con sudor y frío, “que se adelanta algunas horas”. Mathys teme por la vida del emperador, que “pierde el sentido hasta las tres”; después de media noche, el enfermo “sólo quiere beber”; sigue la calentura, y las flemas de la garganta apenas las puede arrancar. Mathys tiene miedo de que vuelva la calentura, “que sería el onceno paroxismo”. En efecto, el 19 repite con frío, calor y sudor, pierde el conocimiento y tiene vómitos. Cornelio no parece intervenir, por estar enfermo desde hace unos días, que tuvo “calentura y cámaras de sangre”, y ha de soportar Mathys la tremenda responsabilidad del tratamiento. El enfermo se va agotando. El 21 de septiembre, la fiebre le ataca, con nuevas congojas y flaqueza de pulso, cesando el sudor a las once de la noche. Está en su entero juicio, y pide el Sacramento,

padeciendo seguidamente “vómitos; echa flemas gruesas; el pulso sigue flaco, perdiéndose lentamente, y espiró esta mañana, a las dos dadas.”

Como postdata añade Mathys: “El doctor Cornelio está mejor.”

Así padeció y murió tan importante personaje histórico.

Dudamos que Carlos fuera gotoso; la gota es enfermedad marcadamente hereditaria: en el emperador no se dan estos antecedentes. Suelen ser tales enfermos tipos sanguíneos, gruesos; no era así el César, sino magro y bien poco congestivo.

Su llamada gota comienza bien tempranamente, contra lo que suele acontecer en dicha enfermedad. A los treinta y cuatro años, jugando a la pelota, se siente dolorido en el pie, y estos dolores articulares le invaden los miembros inferiores y superiores y articulaciones del tronco; atacan las grandes coyunturas y le duran días y días, con periodos de exacerbaciones, y ya no le abandonan en toda la vida. Empeora siempre con el tiempo húmedo. Cuando sus ataques se agudizan, la fiebre es elevada; está imposibilitado de todo movimiento; los brazos y las manos le son inútiles, hasta el extremo de que, en ocasiones, le han de dar los alimentos, y en otras, se lamenta en sus cartas de no poder escribir por su mano. Los miembros superiores son los casi siempre afectados. Los ataques le duran mucho tiempo, más que los gotosos, de duración corta. Las pequeñas articulaciones, por las cuales tiene predilección la gota, no parecen afectarse. Bien que tiene hemorroides, pero el uso inveterado de las purgas lo explica.

En los retratos que de él tenemos, hechos por maestros de la pintura, tampoco se observa el tipo del gotoso, ni las manifestaciones crónicas de la enfermedad. En nuestro Museo podemos admirar dos retratos del emperador, hechos por Tiziano. En el uno, por estar de cuerpo entero, de pie y tamaño natural, podemos apreciar el aspecto del emperador: representa unos cuarenta y cinco años; su complexión no es nada robusta; su cara, delgada, angulosa y pálida; está muy lejos de representar el tipo del gotoso congestivo, rojo y de cuello corto; a más, en este retrato, las manos se hallan situadas en primer término, apoyada la una en la daga, y sujetando con la otra un gran perro por el collar, y son lisas, sin un abultamiento, ni la más ligera deformidad, ni aquellas concreciones uráticas características de la enfermedad. En el otro, un gran retrato

ecuestre, representándole en la famosa batalla de Mülberg, dada en 1547, cuando contaba el César cuarenta y siete años. El tipo es el mismo; la cara, mucho más pálida, terrosa, arrugada; los labios anémicos, y parece tener mucha más edad. ¡Bien se ve que es un enfermo!

En otro cuadro de Tiziano, titulado “La gloria”, el retrato de emperador no tiene valor iconográfico, pues es una figura poco detallada y, pictóricamente, uno de los varios personajes secundarios de este cuadro alegórico.

Hay en el Prado otro retrato de Carlos joven, de escuela flamenca: una pequeñísima tabla del Legado Durán, en la que representa unos veinticinco años y tiene aspecto sano; en esta época, las enfermedades no habían hecho presa en su organismo.

Hay en el Museo otros dos retratos de Carlos, hechos por Cranach y que nosotros hemos visto antes de ahora; al presente, deben estar almacenados. En ellos está cazando, con el duque de Sajonia y otros próceres; cacería celebrada en 1544. Nos valen, sin embargo, para saber que en esa fecha estaba envejecido, pues representaba, sin duda, una edad más avanzada.

Otro cuadro de Pantoja cita el Catálogo del Museo, que no conocemos y que también debe estar en el almacén. Este cuadro no puede ser sino una copia, porque el pintor nació en 1549, y Carlos murió en 1558.

En las reproducciones de un cuadro de Tiziano que hay en la Pinacoteca de Munich, hecho en la misma fecha que el retrato ecuestre del Prado, se encuentra sentado, teniendo el mismo aspecto que el de nuestro Museo.

Y, por último, en los numerosos grabados y medallas que existen con su efigie está siempre envejecido, en relación con su edad y con el mismo aspecto fisonómico.

Indudablemente, Carlos padeció un reumatismo, con numerosas recaídas agudas y subagudas, pues por ninguna parte se ven las huellas de la gota. Carlos V muere de caquexia palúdica; es víctima de la malaria, que nunca le abandonó. Durante el transcurso de su vida, padece fiebres de vez en cuando, y siempre se intercalan entre sus otros padecimientos: ligeros escalofríos y destemplanzas, producidas por su paludismo crónico, precipitándole los escasos conocimientos de su tiempo, que hacen aplicar a los médicos los remedios más absurdos y contraproducentes.

Ved cómo le describe en 1548 Marillac, embajador del

rey de Francia: "De vista cansada, boca pálida, rostro más muerto que vivo, cuello extenuado, palabra débil, aliento corto, espalda muy encorvada, piernas tan débiles, que sólo podía andar con gran trabajo, dentro de su cámara, apoyado en su bastón..... Un día no pudo romper, con las manos, el sello de unas cartas." Es el retrato del palúdico anémico agotado. Por las cartas de Mathys sabemos al detalle cómo transcurrió su última enfermedad, que es el cuadro clínico más acabado del caquéctico.

Últimamente está delgadísimo; su palidez pajiza es extrema; tiene diarreas, vértigos y desvanecimientos, opresión, atontamientos y delirios. Por fin, entre el mes de agosto y el de septiembre de 1558, en que estallan formidables ataques de paludismo, llega, a veces, al coma, al agudizarse todos los síntomas descritos en otro lugar con detalle, y lo llevan rápidamente a la extenuación, aumentándose gradualmente su debilidad cardíaca, hasta sucumbir materialmente, agotado por las fiebres.

Médicos y cirujanos de Carlos I.

(por orden alfabético)

MÉDICOS

Dr. Acevedo.	Dr. Marliano (Luis).
Dr. Abarca (Alvaro de).	Dr. Mathys o Matisio.
Dr. Alfaro.	Dr. Mejia.
Dr. Ágreda.	Dr. Melgar.
Dr. Ávila (Lobera de).	Dr. Monardes.
Dr. Beltrán.	Dr. Montaña de Monserrate.
Dr. Borja.	Dr. Narciso.
Dr. Carnicer.	Dr. Navarro.
Dr. Cartagena (Antonio de).	Dr. Palacios Rubios.
Dr. Carvajal.	Dr. Poll (Nicolás).
Dr. Ceballos.	Dr. Ponte.
Dr. Cornelio o Cornelius.	Dr. Santa Cara.
Dr. Durango.	Dr. Talavera.
Dr. Enciso.	Dr. Torre (de la).
Dr. Escoriaza.	Dr. Torrella (Jerónimo).
Dr. Faria.	Dr. Van Male (Guillaume).
Dr. Florenis.	Dr. Villalobos.
Dr. Gurrea.	Dr. Villasandino.
Dr. Liberal Tarvesino.	Dr. Zumel.

CIRUJANOS

Daza.	Vesalio (Andrés).
Laguna (Andrés).	

Médicos.

Dr. Acevedo.—Incidentalmente visitó a Carlos, siendo embajador del rey de Portugal en la corte de España. Se dice de él “que dió buena cuenta en Castilla de su persona, que viudas y doncellas le querían detener hasta que Dios las alumbre. Este doctor fué sorprendido con dos dueñas”.

Dr. Abarca (Alvaro de).—Compañero de Torrella y de Villalobos en el servicio del emperador.

Dr. Alfaro.—Su nombre era Miguel Zurita, y le llamaban doctor Alfaro por haber ejercido el cargo en aquella población en su juventud. Fué antes médico de los Reyes Católicos; después, de Doña Juana la Loca, y pasó al servicio de Carlos I, también como médico de cámara desde el año de 1519, por cédula de nombramiento de esta fecha, dada en Zaragoza, en la que le asignaban la renta de 37.500 maravedís. Acaso se le concedió el honor por la asistencia que pudo prestar al emperador en Zaragoza, donde sufrió los violentos ataques nerviosos.

Era seguramente hombre descuidado y sucio, de ojos tiernos y llorosos; no de otro modo se explican las chanzas y donaires de francesillo, sobre un vestido que le regaló el doctor Liberal. Decía el truhán, refiriéndose a aquél y usando, para sus agudezas, de las comparaciones, que estaban en moda en aquel tiempo: “..... y jugar a la pelota con el doctor Alfaro” (esto de jugar sólo puede referirse a usarle como pelota, porque era viejo para ser jugador; sin duda, parecía algo sucio e inútil), “que parece bragas de Fray Juan Hurtado, o religiosa con rija”. También le llama parecido a “bota vieja con botana”, o “gallina cocida para dar a enfermos pobres”. Estando con el rey en el bosque de Segovia, fué enviado a Madrid para asistir al rey Francisco I de Francia, que se hallaba enfermo y prisionero, ordenándole se pusiera en camino inmediatamente “para que lo visitase el tiempo que fuera menester, como lo haríades a mi real persona”.

El mal humor del César crecía, con las cuartanas pertinaces que padecía, llegando a violencias de palabra y aun de obra con sus servidores, pero estimando tanto al doctor Alfaro que, tras algunas de estas escenas de disgusto, rogaba dijesen al doctor perdonara, si sus palabras le moles-

taron alguna vez. Buena prueba del real aprecio fué su nombramiento de protomédico de Aragón y ambas Castillas, que le fué enviado a Zaragoza en 1529, con felicitaciones del emperador en cartas muy afectuosas.

Atendió en Valladolid a las cuartanas del rey.

Dr. Ágreda.—Arcediano de Salamanca y protomédico del Pontífice Adriano VI. Asistió a Carlos siendo principe, cuando se educaba con Adriano, antes de ser Papa. Si hemos de creer a un gracioso cronista, era ancho como un hipópótamo.

Dr. Ávila (Lobera de).—Llamado así por haber nacido en aquella población, a fines del siglo XV. Ejercía en Ariza, cuando pasó al servicio de Su Majestad por recomendación de D. Juan de Palafox. Acompañó a Carlos en sus numerosas expediciones.

En unión de Vesalio, administró al emperador la raiz de China, que habían traído los portugueses, a la que se atribuían efectos sudoríficos inmejorables contra la gota. Obsérvese cómo, a pesar de los peligros que suponía, no tuvo inconveniente en ensayar nuevos remedios en el propio César. Acompañó al monarca a La Coruña en 1520, y viajó mucho con él por diversos lugares de Europa. Estuvo también en la Goleta.

Escribió muchos libros, que se tradujeron a varios idiomas, y curó a algunos nobles extranjeros que acompañaban al emperador. Fué uno de los médicos españoles más ilustres de su tiempo. El cronista Francés se aconsejaba de él.

En una de sus obras describe los numerosos viajes que hizo por mar y tierra, por Europa y Africa, en las expediciones del emperador.

Entre sus libros podemos citar: *Remedio de cuerpos humanos y silva de experiencias*, *Libro de Anatomía*, *Antidotario muy singular de todas las medicinas usadas*, *Libro de pestilencia curativo y preservativo*, *Vergel de Sanidad*, *Libro de las cuatro enfermedades cortesanas*, *Libro de experiencias de medicina* y *Libro del regimiento de la salud y de la esterilidad de hombres y mujeres*.

Dr. Beltrán.—Se le cita en las “Crónicas” del emperador.

Dr. Borja.—En una carta de D. Martín de Salinas a un personaje de la corte, fechada en Valladolid en 1524, se lee: “El doctor Borja no sé dónde tiene su nido, que es como halcón nebli....., que no querrá ir allá el doctor Borja”; y en

otra, con fecha Madrid 26 marzo 1925: “..... y con él, o con el doctor Borja, escribiré lo que se ofreciese.....”.

Dr. Carnicer (Juan Lorenzo).—Nació a fines del siglo XV en Maella (Aragón). Médico en Zaragoza de la Hermandad de los Santos Cosme y Damián y del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia. Buen literato, y con el objeto de la perfección de las artes, así de medicina como de cirugía, tradujo del francés un tratado de cirugía, que dedicó a los regidores del Hospital de Nuestra Señora de la Gracia; vertió igualmente del francés un *Tratado de Flebotomía*.

Fué médico del emperador (acaso lo trajo de Zaragoza). Dice un individuo de la corte, en carta fechada en Toledo en abril de 1534: “..... el doctor Carnicer ha escrito al doctor Escoriaza como se quiere ir a la corte, y creo que no tiene sinrazón, porque Grazbain diz que tiene poca cuenta de él, y parece que Su Majestad le debía tener para semejantes cosas. Según esto, no tomará mucho trabajo el doctor Escoriaza en buscar remedios.”

El 26 de agosto de 1539, cuando se escribía la carta de la que recogemos estos datos, estaba Escoriaza en Segovia, en el bosque, con el emperador, por lo que no pudo hacer sobre él el encargo que le escriben.

Dr. Cartagena (Antonio de).—Natural de Sigüenza, doctorado por Alcalá, fué destinado por Carlos V al servicio de los príncipes franceses, hijos de Francisco I, cuando estuvieron en rehenes en Berlanga. De dulce carácter, afable y amabilísimo, acaso por ello se le encargó que atendiese a los niños.

Dr. Carvajal.—Citado en las crónicas.

Dr. Ceballos.—Protomédico del rey, aprueba una obra del doctor Gómez de Toledo en 1539, en unión de otros facultativos.

Dr. Cornelio (Cornelius de Baezsdorp).—Natural de Brujas, médico de Carlos antes de ser rey de España, lo cedió a sus hermanas al venir a tomar posesión de la Corona.

Es acaso el médico más estimado del monarca; a él se recurre en numerosas ocasiones, bien se halle en la corte de Hungría o en la de Felipe II, donde prestaba sus servicios últimamente, para que vea al emperador.

En el invierno de 1548 está en Bruselas con Carlos, que padece un gran ataque de gota. Tiene que soportar allí la intervención de un afamado doctor napolitano, que es lla-

mado en consulta y que se promete maravillas acerca de la eficacia de su intervención. Fracasa con todo ruidosamente, quedando Cornelio dueño del campo.

Poco antes de entrar en Yuste el César, estando en Jarandilla, reclama a Cornelio, que llega en 29 de noviembre de 1556, “con contento del emperador, que acaso lo retenga”.

Marcha el doctor; pero es de nuevo llamado, en enero de 1557, por un servidor del rey y por su orden para que vea a éste en unión de Juan Andrea, curandero italiano que vino de Zaragoza con este objeto; “porque el doctor que tiene es joven y conoce poco las molestias de Su Majestad”.

Cornelio llega a Jarandilla en febrero de 1557; pero “no tratará de la cura con el italiano hasta entrar en Yuste”. Se trata de la curación de las almorranas, y celebran una curiosa consulta Gurrea, Juan Andrea, De Mola, Cornelius “y el médico de aquí”, acaso el doctor Mathys.

El 2 de septiembre de 1558 se recurre de nuevo a Cornelius, llamado por Mathys para que vea al rey, que está muy grave, “porque conoce su complexión”; pero, mejorado el rey, dispone se den órdenes para que se vuelva el doctor, que lleva mediado el camino de Yuste. No hacen caso de la orden los servidores: antes al contrario, el mayordomo Quijada envía acémilas para colocar en el camino y así aligere su llegada, lo que ocurre el 8 de septiembre de 1558, “y se alegra el emperador de verle a su lado”. Celebra seguidamente consulta con Matisio, pero a los pocos días cae enfermo Cornelius, “con calentura y cámaras de sangre”, que lo colocan en grave estado, por lo que ya no puede volver a ver al César, que se agrava y muere en el entretanto, atendido solamente por Matisio.

Dr. Durango.—Acompaña a Carlos V, en 1556, en su viaje a Yuste.

Dr. Enciso.—Ejerció en Toledo; de él habla la “Crónica” como enemistado con el boticario Baena, de Toledo.

Dr. Escoriaza.—Protomédico; a él se dirige Carnicer, quejándose del trato que recibe en la corte, por lo cual piensa en dejarla. Tenía en Monzón una casa o “posada”, donde se alojó un personaje de la corte del emperador.

Dr. Faria.—Citado en la “Crónica”.

Dr. Florenis.—También protomédico de Carlos I, aprueba una obra, en unión del doctor Gómez de Toledo, en 1539.

Dr. Gurrea.—Celebra en Yuste consulta con ¿el curandero? Juan Andrea Mola y el doctor Cornelius; sabemos esto por referencia del emperador, en una carta que dirige a su hermana.

Dr. Liberal Tarvesino.—Era protomédico de Su Majestad. En unión de otros colegas de la corte, visa las obras médicas de otros compañeros para poder darlas a la publicidad. Así se le ve asociado, para este fin, a diferentes médicos de cámara, como el doctor Alfaro, con el cual firmó el espaldarazo para la publicación de una obra del doctor Sepúlveda, segoviano, titulada *Manipulus medicinarum*, etc.

Acompañaba constantemente al emperador; así lo hizo en las visitas y ceremonias que se efectuaron en Toledo, cuando llegó el cardenal Salviati, legado del Papa Clemente VII, en unión de una hermana del rey Francisco I de Francia, para pedir clemencia para este último.

Maestre Liberal, que así le llamaban, era de gesto agrio, poco dadivoso, ruín en el vestir y de frase seca y tajante; “tenía la gamba coja y un brazo envarado”. Cayó del caballo, al vadear un río, en uno de los viajes que hacía con el César, e, irritado, exclamó: “El diablo me emporte”, frase que aplicaba constantemente a los demás, variando la persona. Su carácter violento le llevó a darse de puñadas con M. Manvri, extranjero, del séquito del emperador.

Ruín en el vestir, usaba trajes tan usados que Francisco de Zúñiga, gracioso o bufón del rey, decía “que Maese Liberal dió al doctor Alfaro, contra su voluntad, una ropa de chamelote, aforrado en pellejas, que había heredado de su padre”. Hay que pensar cómo estaría la tal ropa y cómo las gastaría el compañero Alfaro. ¡Mal vestían los protomédicos de la corte del señor de varios mundos!....

Suyas son estas palabras: “Mujeres de España, bienaventuradas las que no tuvieron seso, que tiempo verán que veréis.” Habla de diversas cosas insólitas que sucederías; entre otras: “que Baena el boticario tenga concordia con el doctor Enciso”.

Dr. Luis Marliano.—Nació en Milán, fué médico de Felipe el Hermoso y vino con el César a España, acompañándole después a Alemania en uno de sus viajes. Con él volvió a España de médico de cámara. Extraña que estuviese tan al lado del rey, siendo, como fué, amigo de Erasmo. Era gran filósofo, y no escribió, que se sepa, obras de Medicina.

Hizo la carrera eclesiástica, y fué nombrado obispo de Tuy y de Ciudad Rodrigo y, después, cardenal por el Papa León X, muriendo a poco de ser príncipe de la Iglesia.

Dr. Mathys (Henri), que se firma en España doctor Matísio.—Es el médico que asiste, en sus últimos tiempos, al emperador. Era de Brujas, y se lo envió a Carlos su hijo Felipe II. Reside en Yuste, y es el facultativo que constantemente asiste al emperador. Por sus cartas numerosas sabemos detalladamente del curso de la enfermedad postrera y de la muerte de Carlos I. Este doctor dominaba el latín, y en esta lengua escribe a Felipe II, dándole cuenta de cuantos medios puso en práctica en la última enfermedad del César y de su muerte.

Dr. Mejía.—Médico de Granada, donde lo utilizó el emperador incidentalmente.

Dr. Melgar.—Atiende al rey en el primer absceso de cuartanas que tuvo en Valladolid en agosto de 1523. De él dice Francesillo: “.... y azotad al Dr. Melgar, que parece labrador acusado por brujo”.

Dr. Monardes (Juan Bautista).—Médico en Toledo, censura duramente a un boticario de la ciudad imperial, que sustituía nuestra cañaheja con el turbit, “haciendo muchos daños”. Este boticario debe ser Baena, que no sólo tenía enemistad con Monardes, sino con otros médicos como el doctor Enciso, pues el doctor Liberal asegura que, entre las cosas insólitas que podrían ocurrir, una sería “concordia entre Baena el boticario y el doctor Enciso”.

El tal Baena se atrevía a tales sustituciones prevalido de su privilegiada situación en la corte, puesto que acompañaba al emperador en sus viajes, seguramente como boticario de cámara. Se sabe que, en unión de otros nobles y caballeros, acompañó al rey a Aragón, durmiendo en Calatayud con el séquito. Monardes escribió varias obras de materia farmacéutica, como: *Pharmacodiosis o declaración medicinal*, y *Sobre la verdadera descripción de todas las hierbas que hay en España y en las otras regiones y la verdad de lo que son*.

Montaña de Monserrate.—Médico en Valladolid, y tan estudioso que, viejo e impedido por la gota, asiste a diario a la famosa Cátedra de Anatomía, que explicaba Rodríguez de Guevara, haciéndose llevar en silla de manos. Intervino en el tratamiento de las cuartanas que padeció el rey en aquella población, por tener allí gran fama. Publicó *Libro de la anatomía del hombre*.

Dr. Narciso.—Sólo sabemos de él que “el rey le tenía muy buena voluntad”.

Dr. Navarro.—Se duda si fué médico o boticario. Nació en Aragón.

Dr. Palacios Rubios.—Acompaña al rey cuando marcha a Valladolid huyendo de la pestilencia.

Dr. Poll.—Médico de gran fama, se cree que fué español; usó y extendió, con sus predicaciones, el uso del guayaco, llamado también palo santo y leño de Indias, de donde se traía, sustancia que despertó gran entusiasmo para tratar el morbo gálico y otros males.

En 1535 asistió al emperador, administrándole el leño cocido con miel. Publicó una gran obra, titulada: *Nicolás Poll, Cesaris majestatis phisici, de cura morbi galici per lignum guayacanam libellus*, que trata del modo de aplicar el remedio, que considera milagroso.

Dr. Ponte.—Es otro de los facultativos que atienden al rey en Valladolid en sus cuartanas.

Dr. Santa Cara.—Se lee, en una carta fechada en 1557, en que se solicita venga Cornelius a Yuste: “Si no viene Cornelius, ahí debe estar Santa Cara, que tiene buena opinión.” Era, sin duda, un hombre bien acreditado.

Dr. Talavera.—Sólo se sabe que era médico de Salamanca, donde lo utilizó el emperador.

Dr. De la Torre.—También médico salmantino, “grueso y colorado”, atendió al rey, en unión de Talavera, en la referida ciudad.

Dr. Torrella (Jerónimo).—Médico de cámara; engolado y serio señor; *hablaba siempre en cátedra*, siendo blanco, en ocasiones, de las sátiras de Villalobos su compañero. Nació en Valencia, donde fué catedrático de su Universidad; muy perito en lenguas, se graduó en Italia muy joven (de veinte años) en la Universidad de Sena. Fué médico del rey Fernando el Católico y de Carlos V, sin duda, ya de edad madura. Sus obras son las siguientes: *Opus præclarum de imaginibus astrologicis*, que le dió gran fama; *De notu cælorum*; *Opusculum pro astrologia*; *Espositio trium librorum regni Galieni*; *Opusculum sex questionum*; *De flumen et refrurem maris*, y *De tempore adversus*.

Dr. Guillaume Van Male.—Dr. Malines le dicen en castellano. Es flamenco de origen, y de allí viene con el emperador. Apenas sabe castellano, a pesar de sus estancias repetidas en España. En 1556, decidida la entrada del César en Yuste, acompaña al monasterio; a pesar de que,

al licenciar a parte de sus servidores, aunque quedó con numerosos de ellos que le asistieran en el cenobio, dice que “médico no lo quiere, que los frailes los suelen tener muy buenos”. Van Male era íntimo y confidente del emperador.

En noviembre de 1556, estando en el Monasterio, se disgusta con él “por ciertas palabras que tuvieron”; le despide de su lado, pero a los pocos días le perdona y continúa a su servicio.

Sin embargo, debió de marchar pronto del convento, acaso a Flandes, porque en la última enfermedad del emperador no se le cita para nada. Acaso cayó en desgracia.

Dr. Villalobos (Francisco).—Es notorio el mérito de este médico español, tan buen profesional como filósofo y literato. Castellano viejo de nacimiento, según unos, de Toledo según otros, fué médico del rey Fernando el Católico, y, después, de Carlos I y de su hijo Felipe II siendo príncipe. Es notable su obra *Sumario de medicina en verso mayor*, famoso también su libro *Tratado sobre la enfermedad de las bubas* e ingeniosísimo su discurso sobre las fiebres intermitentes, en que se atisban clarividencias de lo que es el paludismo. También publicó *Glosa in Plinii Historiæ naturalis* y el *Libro de los problemas*. Alcanzó avanzada edad, y murió, retirado y lleno de amargura, en un pueblo de la provincia de Segovia, decepcionado por la muerte de la emperatriz, a la que asistió en unión del doctor Alfaro. En el retiro escribió la mayor parte de sus obras. Escritor puro, sencillo y gracioso, acaso pecaba de agudo, dada la gravedad de su cargo en la corte, prodigando donaires y cuentos. Dice, en su obra *Los problemas*, que, refiriendo un cuento que hizo reír mucho al rey Fernando, le dijo su engolado compañero el doctor Jerónimo Torrella, que le escuchaba: “Como me doy a las cosas de especulación, no me curo de estas gracias, que son cosas de chocarrereros”, a lo que replicó Villalobos: “Amuéstreme vuestra merced a ser necio, pues que sois maestro.” La risa de todos y el corrimiento de Torrella, que salió escapado de la cámara, fueron inmediatos.

Se lee en Gracián que, asistiendo Villalobos al duque de Gandía, que después fué San Francisco de Borja, ofrecióle éste, como obsequio, una magnífica fuente de plata si se viera libre de calentura al siguiente día. No logró conseguirlo del todo, y, preguntado por el duque qué decía a este propósito, respondió: “*Digo que amicus Plato, sed*

magis amica veritas.” Esta sincera respuesta le valió el regalo.

Dice Francés de Zúñiga, con mucha malicia, que cuando desaparecieron las cuartanas del rey (enfermedad que le llevó al sepulcro, pues que no curó sino aparentemente), que le habían atacado durante cuatro años, ya que, contraídas en 1523, cesaron a raíz de ganarse la batalla de Pavía en 1527, se atribuyó su curación al éxito de la batalla en que hizo prisionero a Francisco I, y escribe Francésillo: “Lo cual pesó mucho al doctor Villalobos.”

Dr. Villasandino.—Médico de Valladolid, donde murió de peste en el año de 1529, a poco de dejar al emperador en Peñafiel, hasta donde le acompañó cuando marchaba a Madrid huyendo de la pestilencia.

Cirujanos.

Andrés Laguna, Vesalio y Daza Chacón fueron los más notables al servicio del emperador.

Andrés Laguna.—Notabilísimo hombre de ciencia español; era un enciclopédico y excelente anatómico, conocido como una de las lumbreras científicas de Europa. Visitó en ella numerosas poblaciones para ampliar en ellas sus estudios.

En 1539 acompañó a Gante al emperador, cuando éste fué obligado a ir a su ciudad natal a consecuencia de los disturbios que allí se produjeron.

Andrés Vesalio.—Nació en Bruselas el 31 de diciembre de 1514; es bien conocido anatómico eminente; vino con el emperador a España, bien joven aún, y fué cirujano de sus ejércitos, empeñados en Europa, en numerosas guerras, nombrándole después, antes de 1546, su primer médico de cámara, cargo que siguió desempeñando cerca de Felipe II. Murió en un naufragio, a su regreso de un viaje a Tierra Santa como peregrino. Se cuentan una porción de cosas respecto de su muerte, para algunos rodeada de misterio, acusándole de haber hecho vivisecciones humanas, llevado de su ansia de saber Anatomía. Se le ha considerado como el hombre que asentó la Anatomía sobre bases científicas; y es tan conocido universalmente, que nos parece ocioso insistir en datos bibliográficos muy conocidos. Publicó obras numerosísimas de Anatomía y Cirugía, cuya relación es prolija, ya que las encontrará fácilmente, citadas en nu-

merosas obras de Historia médica, el curioso que le interesen.

Daza Chacón (Dionisio).—Nació en Valladolid en 1510, y a su regreso de las guerras europeas fué nombrado cirujano del hospital de la ciudad en que nació. Estuvo, ya viejo (sesenta y un años), en la batalla de Lepanto con don Juan de Austria, pues siguió de médico de Felipe II. Fué uno de los mejores anatómicos españoles, y publicó un libro de Cirugía que alcanzó varias ediciones. Compañero de Vesalio, de tal modo le distinguía, que las operaciones en la guerra se las encomendaba Vesalio, como más hábil que él, que, aunque gran anatómico, era tardo para operar.

Dr. Zumel.—En la vida de Carlos V en España juega gran papel este médico español, aunque no como facultativo a su servicio—bien que no sería extraño, dada su fama, que, ya amigos, lo utilizase—; pero es un carácter tan recio, de una entereza tan grande y tan meritoria, que no nos resistimos a decir algo del mismo, que pinta la altivez y firmeza de la raza castellana y los merecimientos que la clase médica española tenía entre sus contemporáneos. (Otro ejemplo es el doctor Zúñiga, catedrático de Salamanca, elegido por los procuradores para decir a la reina Juana que estaban dispuestos a morir por su causa antes que su hijo Carlos hollase con los extranjeros las leyes de Castilla.)

El doctor Zumel era criado de la casa del Condestable, y fué nombrado procurador de Burgos, en las Cortes que se celebraron en Valladolid en 1518, por orden del emperador. En la primera reunión que celebraron requirió a los demás procuradores para que no estuviesen en las Cortes los que no eran naturales, y abogando en contra de lo dispuesto por el rey sobre los extranjeros que con él vinieron a España y pidiéndolo por testimonio al secretario Avellaneda. Estas Cortes dificultaban el juramento a Carlos mientras viviera su madre.

El doctor Zumel concitó a todos los representantes hiciesen lo que él, y no agraviase el rey las costumbres del reino. Algunos vacilaron, aconsejando al doctor no llevase tan adelante su protesta, pues que el rey estaba enojado con el asunto, y se dirigieron al condestable para que mandase al doctor no llevara tan a lo vivo su protesta, y aunque le despojara del cargo y enviase otro procurador por Burgos, mas otros procuradores lo tuvieron por inconveniente, apoyando al doctor. El asunto estaba tirante; el rey

habló con el condestable, y los procuradores hablaron al rey y a Xèvres su favorito (un personaje flamenco). Zumel se dirigió después a este último en nombre de todos los procuradores, y viendo el favorito la cosa alborotada, les indicó que fuesen directamente al rey con su pretensión. No vaciló Zumel y acudió con todos a Carlos, y, hablando por ellos, sostuvo sus puntos de vista con toda entereza y le dijo con buenas y apretadas razones lo mismo que a Xèvres, pidiéndole diera por fe lo que le decía, esto es, que consentía en guardar las leyes del reino; pero respondió Carlos, enojado, que bastaba su palabra. Triunfó, pues, el doctor Zumel, y quedaron agradecidos al asentimiento del rey y “por haberles hablado en castellano”.

Acaso fueron más los médicos del emperador; sin embargo, si hubo otros, no dejarían tanta huella como los mencionados.

Podemos advertir, a consecuencia de este estudio, la gran estima que tenía el emperador a sus facultativos, el gran prestigio de que gozaban, no ya sólo en España, sino en Europa, constituyendo un florón científico, que nos llena de orgullo como españoles. El emperador, criado en el Extranjero con hábitos extraños a nuestra patria, voluntarioso y de mediocre intelecto, se deja influenciar por los extranjeros, y, al venir a España, trae una Corte numerosísima (entre ella, algunos médicos) que le aísla de los españoles, al extremo de disgustar a la nobleza de nuestra patria. Pero no prescinde de los médicos españoles, que le asisten, y no sólo le sirven aquí, sino que los lleva en sus numerosos viajes por Europa y el Norte de Africa y utiliza sus servicios como cirujanos de sus ejércitos. Un extranjero de su séquito, M. De Nasaot, dice, refiriéndose a una afección que padecía, que, “si no se sirviera de los médicos de acá, pudiera ser que perdiera el pie”, lo que nos demuestra el prestigio inmenso que en aquel tiempo tenía la Medicina española. El ansia de saber y de renovación del Renacimiento había arraigado en España antes y más intensamente que en ninguna otra nación, y la Medicina española no pudo escapar a tan poderosa influencia.

Por aquel entonces, la gloriosa Escuela de Medicina del Monasterio de Guadalupe gozaba de un prestigio mundial. Esta Escuela, que (data de 1322) tenía tal esplendor en el tiempo de Carlos V, que por una dispensa especial del Papa se permitían abrir los cadáveres para el estudio. Con sus numerosas enfermerías de hombres y mujeres tenía

material clínico abundante, que difícilmente se reunía en ninguna otra parte; así no es de extrañar que hombres que habían estudiado en Italia (Meca de las ciencias en aquel entonces), como Rodríguez de Guevara, fuese a continuar sus estudios a Guadalupe. Guadalupe fué como la matriz de los estudios anatómicos en España. Ausente el emperador, y siendo regente de España el emperador Maximiliano, se consiguió de éste la creación de cátedras de Anatomía, fundándose la primera en Valladolid, donde acudían, no ya sólo los jóvenes, sino los médicos más viejos a aprender en su cátedra.

¡Qué extraño es que se entregara Carlos I en manos tan sabias y expertas!

Y, sin embargo, el emperador cae en los errores del vulgo. Estando ausente de España, pide un saludador (Monzón, 27 de diciembre de 1533): “Vuestra Majestad manda procure un saludador de los que acá dicen hacer milagros; tan incrédulo estoy como los de allá.....; trabajaré de lo enviar, aunque creo será dificultoso, porque todos son gentes perdidas. Algunos he visto azotar, sin embargo de la gracia.” “Busco un saludador para que por vista haya entrado en horno caliente (Toledo, 16 de marzo de 1534); he dado vueltas por barrio del Rey, adonde ellos suelen andar, y no ha aparecido ninguno; yo trabajaré hacer la experiencia, tanto para satisfacerme a mí como para enviarle allá..... Soy incrédulo de semejantes milagros.”

A veces, hace más caso de los médicos gárrulos y pedantes que de los serios y científicos; pero todo esto puede explicarse: primero, por su incultura y el empirismo de la época, y en segundo lugar, por el poco éxito obtenido en sus enfermedades, razón ésta que, aun hoy, hace caer a muchas personas ilustradas en el curanderismo.

BIBLIOGRAFÍA

HERNÁNDEZ MOREJÓN: “Historia de la Medicina española”.

VILLALOBOS: “Los problemas”.

— “Diálogo sobre la terciana”.

FRANCESILLO DE ZÚÑIGA: “Crónica de Carlos V”.

GRACIÁN: “Agudeza y arte de ingenio”.

SANDOVAL (PRUDENCIO): “Historia de la vida y hechos de Carlos V” (Amberes, 1631).

HERRERO (LEANDRO): “Carlos V, el monje de Yuste”.

SANTA CRUZ: “Crónica de Carlos V”.

RODRÍGUEZ VILLA: “El emperador Carlos V y su Corte”.

GACHART: “Retraite et mort de Charles V”.

- LE GLAY: "Cartas de Margarita de Austria a Maximiliano".
VANDENESSE: "Journal des voyages de Charles V".
SANCHÍS BANÚS: "El hechizo de Carlos II, rey de España", *Arch. de Med. y Cir.*, 18 agosto 1928, pág. 177.
— "La enfermedad y muerte del príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II", *Arch. de Med. y Cir.*, 16 abril 1927, pág. 493.

ICONOGRAFÍA

- TIZIANO: Retrato, en pie, del emperador Carlos V (Museo del Prado, número 409 del Catálogo).
— Retrato ecuestre del emperador Carlos V (Museo del Prado, número 410 del Catálogo).
— El emperador Carlos V (Pinacoteca Antigua de Munich).
CRANACH: Gran cacería que el emperador Carlos V tuvo con el duque de Sajonia y otros potentados (Museo del Prado, núm. 2.175 del Catálogo).
— Gran cacería de venados (Museo del Prado, núm. 2.176 del Catálogo).
ANÓNIMO: Retrato del emperador Carlos V, joven (tabla, Museo del Prado, núm. 73 del legado Bosch).

